

Dercirlo de Memoria no lo Vuelve Correcto

“Y cuando oren, no uses vanas repeticiones, como los gentiles, que piensan que por su palabrería serán oídos. No os hagáis, pues, semejantes a ellos; porque vuestro Padre sabe de qué cosas tenéis necesidad, antes que vosotros le pidáis” (Mat.6:7-8). Que había una tendencia por las largas y pretenciosas oraciones entre los Escribas Judíos no puede ser dudado. El autor del libro apócrifo de Eclesiástico (escrito en el período Intertestamentario) exhorta a sus lectores a que ellos “no realicen muchos balbuceos” cuando oren. Jesús denunció a los Escribas de Su tiempo cuyas oraciones públicas se volvían cada vez más pretenciosas mientras que sus vidas se volvían cada vez más reprensibles (Mat.12:40; Luc.20:47). Aun del lado de los paganos, Séneca habló de los aquellos de sus contemporáneos que eran culpables de “fatigar a los dioses” con sus peticiones interminables.

Pudiéramos ser tentados a creer (dado el énfasis de los versículos anteriores, cf. Mat.6:2-6) que es a esta clase de postura hipócrita en la oración a la que Jesús se refiere, salvo por las claras palabras de nuestro texto. Hay un evidente cambio en el versículo siete. En lugar de seguir refiriéndose a la hipocresía de los Fariseos, Jesús vuelve a reprender la ignorancia de los Gentiles. A diferencia de los hipócritas Judíos interesados en la aclamación de la multitud, estos peticionarios Gentiles ciertamente *querían* que ser oídos por los poderes de los cielos (Mat.6:7b) pero fueron estorbados por sus esfuerzos a través de su ignorancia fatal de la verdadera naturaleza de Dios (Observe Hechos 17:22-23).

Las oraciones paganas nacían de la naturaleza pagana de las deidades. Los dioses de Grecia y Roma no llevaban ninguna semejanza a Jehová de los Ejércitos. Estos dioses eran moralmente indiferentes, caprichosos e impredecibles, y grandemente desinteresados en los asuntos de los hombres (Vea 1 Rey.18:27). En muchos aspectos, los Gentiles vivieron en terror frente a sus dioses y buscaban aplacar su ira o lograr su atención a través de interminables fórmulas rituales repetitivas. Estas deidades paganas se pensaba tenían un poder totalmente separado de la actitud o carácter del peticionario. El adorador pagano no podía descansar bajo ninguna esperanza de oír o de la justicia del dios o de su preocupación compasiva debido a que carecían de ambas cosas. Todo dependía de la correctividad de las fórmulas. El Historiador Will Durant describió la religión Griega como “Un sistema de magia más bien que de ética” (*The Story of Civilization*, Vol. II, Pág. 201). Sobre la religión Romana, él escribió: “¿Esta religión ayudó a la moralidad Romana? En algunas formas ésta fue inmoral; su énfasis sobre lo ritual sugirió que los dioses no recompensaban la bondad sino los dones y las fórmulas” (*The Story of Civilization*, Vol. III, Pág. 67).

La clave a la oración para los Gentiles no estaba en el fervor de sus espíritus o en la santidad de sus vidas, sino en sus “muchas palabras”. Las “vanas repeticiones” que

Jesús rechaza no se refieren principalmente a mera verbosidad, y no ciertamente a la ferviente insistencia en la oración que Jesús ejemplificó (Mat.26:36-46) y ordenó (Luc.18:1-8), sino a la creencia que el secreto de una oración efectiva está en las palabras más bien que en la vida y actitud del adorador. Las repeticiones sin sentido no comprometen el corazón, y el corazón es absolutamente crítico para la comunicación con Dios (Jn.4:24). Debemos acercarnos a Él con una devoción resuelta.

El principio que Jesús establece aquí es quebrantado hoy cuando comenzamos a pensar que el número absoluto de nuestras oraciones es más importante que el espíritu que traemos, o que el secreto de su poder está en su formulación correcta. Dios no es una máquina. Me parece que hay un poco de esto presente en nuestra insistencia mecánica que la oración no es aceptable a menos que sea incluida con las palabras “en el nombre de Jesús” o su equivalente. Esto sin decir que necesitamos continuamente reconocer y estar conscientes de la imposibilidad de tener acceso a Dios excepto por la intersección de Su Hijo. Es también edificante recordarnos a nosotros mismos aun en nuestras oraciones que Jesús es nuestro mediador para con el Padre, pero “en el nombre de Jesús” no es una fórmula mágica calculada que garantice la aceptación de Dios a nuestra oración. Como en el caso del bautismo “en el nombre de Jesucristo” (Hech.2:38) o hacer “todo en el nombre del Señor Jesús” (Col.3:17), es algo que usted *hace*, no sólo algo que usted *dice*. Orar “en el nombre de Jesús” (Jn.14:13) tiene algunas importantes implicaciones para nuestra actitud y conducta. Es orar con la profunda conciencia de la medición redentiva del Señor (Jn.14:6). Es también orar con el espíritu de sumisión a Su voluntad, un espíritu indispuesto a pedir algo que sea contrario a Su naturaleza y propósito eterno (1 Jn.3:22; 5:14). Nuestras pronunciaciones terrenales no serán santificadas por la dirección de Dios porque nuestras oraciones finalizan con el esperado “en el nombre de Jesús” (Stg.4:3) tanto como cuando un “bautismo” realizado contrario a las instrucciones del Señor, el cual de alguna manera se cree será aprobado porque alguien pronunció que fue efectuado en “el nombre de Jesucristo”. Nuestro recital de oración lleno de “palabras”, aunque, rico en contenido o belleza de expresión, no nos abrirá las puertas del cielo simplemente porque ellas poseen la “forma” correcta. La oración en el reino de los cielos es simplemente la conversación sincera, abierta, y reverente de un hijo con Su Padre –Un Padre que lo conoce y que ésta ansioso y contento en escucharlo.